



MARCELO LÓPEZ CAMBRONERO
FELICIANA MERINO ESCALERA

FRANCISCO

EL PAPA MANSO

La verdad sobre el Papa
que cambiará el curso de la historia

 Planeta Testimonio

Marcelo López Cambronero
Feliciano Merino Escalera

FRANCISCO

El Papa manso

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
<i>Agradecimientos</i>	15
1. LA VOCACIÓN DEL PADRE BERGOGLIO	19
1. Historia de una familia emigrante.	19
2. Los primeros años	31
3. El Encuentro.	43
2. EL PADRE BERGOGLIO Y LA DICTADURA MILITAR	55
1. Un país roto: Argentina en los años setenta	55
2. El Proceso de Reorganización Nacional	63
3. ¿Por qué asesinaron a monseñor Angelelli?	66
4. La Iglesia argentina ante el horror	78
5. El padre Bergoglio, provincial de los jesuitas argentinos	87
6. La heroica labor de Jorge Bergoglio ante el terrorismo de Estado	96
3. ¿QUIÉN ES EL PAPA FRANCISCO?	113
1. La influencia de la Teología de la Liberación.	113

2. El compromiso pastoral y social como arzobispo de Buenos Aires	127
3. Cardenal y Papa	149
4. CULTURA DEL ENCUENTRO	153
1. El hombre desea a Dios, desea encontrarse con Dios	155
2. Cristo «primerea»	161
3. La «projimidad»	163
5. SOMOS UN PUEBLO CON VOCACIÓN DE GRANDEZA	175
1. ¿Qué es un pueblo?	175
2. El pueblo nace del valor del hombre relacional	179
3. Conciencia de ciudadano, conciencia de pueblo: la categoría de la pertenencia	185
4. Tensiones y principios de la vida del pueblo	186
5. Conclusión: qué genera un pueblo.	191
6. ELLA CREYÓ Y SE HIZO CARGO DE LA ESPERANZA	195
1. La crisis como desafío a la esperanza	197
2. Caminar en esperanza	204
3. El ancla que nos une al misterio de Dios.	207
4. El camino que parte de la Eucaristía es camino de esperanza	210
7. ID A LA CIUDAD, SALID A LA CALLE, ROMPED LA CÁSCARA	215
1. Se necesitan testigos.	216
2. Id a la ciudad	221
3. Parresía	223
4. Cristo ha recreado las cosas	227
5. La misión	229

8. EL PODER ES SERVICIO.	233
1. Servir hasta el detalle	233
2. El servicio es un gesto religioso y político. . .	240
9. TRABAJO Y JUSTICIA SOCIAL.	249
1. El trabajo nos hace dignos	252
2. El buen samaritano, la «deuda social» y la erradicación de la pobreza	258
3. El sufrimiento como bien y camino de esperanza	266
10. LA VIDA SACERDOTAL: UNGIDOS PARA UNGIR	273
1. La identidad del presbítero	273
2. Ungidos para ungir.	285
3. Mansedumbre.	289
4. La amenaza del clericalismo	291
11. UN MUNDO MEJOR ES POSIBLE: CULTURA Y EDUCACIÓN	297
1. Una propuesta cultural.	297
2. Creatividad y utopía	304
3. Educar hoy para el futuro posible	309
<i>Notas</i>	321
<i>Anexo documental</i>	339

1. Historia de una familia emigrante

Italia es un país que ha sufrido enormes vaivenes sociales y económicos en los últimos doscientos años, un lugar donde la estabilidad política es apenas conocida, donde los momentos de prosperidad, las guerras y la necesidad de emigrar se han sucedido casi sin descanso en el último siglo, incluidas dos guerras mundiales y un proceso de reunificación con un elevadísimo coste material y humano. Sin embargo, los italianos conservan la fuerza y la viveza de los pueblos emprendedores y mantienen siempre la esperanza de salir adelante, empeñando en ello todos los esfuerzos que sean necesarios.

La familia Bergoglio, a la que pertenece el Papa Francisco, es oriunda del Piamonte, en el noroeste del país. Se trata de una de las regiones tradicionalmente más ricas de Europa, que afrontó la revolución industrial potenciando sus fábricas textiles y que también, por su situación geográfica, fue siempre uno de los pasos naturales para los ejércitos franceses, alemanes, españoles o ingleses que quisiesen penetrar hacia el interior de la península Itálica, así como una moneda de cambio para los inte-

reses de sus poderosos vecinos del norte. A esto hay que añadir que los piemonteses no se conformaron con ser elementos pasivos de la historia europea. Más bien al contrario, a lo largo de los siglos no han regateado sus afanes, tanto económicos como políticos y humanos, con el objetivo de convertirse en actores centrales de la vida del continente. Personajes como Camillo Benso, conde de Cavour e ilustre piemontés, movieron durante un tiempo la política europea al impulsar la unificación de Italia a través de una tupida red de contactos diplomáticos. El Piemonte sería también el principal apoyo de Garibaldi, el héroe de la reunificación, especialmente en los últimos y durísimos enfrentamientos con Francisco II de Borbón-Dos Sicilias, de los que surgiría la Italia moderna.

Los Bergoglio proceden de la localidad de Portacomaro, en la provincia de Asti, al sur del Piemonte. Es un pueblo pequeño y diseminado que alcanzó su máxima población a principios del siglo pasado con alrededor de 2.700 habitantes.¹ El tatarabuelo del actual Papa, Giovanni Bergoglio, se trasladó a la antigua Portacomarum desde Cortiglione di Robella, una pequeña comuna en la que el apellido todavía permanece. A principios del siglo XIX Giovanni compró a un judío una casa solariega cerca de Portacomaro Stazione, un núcleo urbano dependiente de Portacomaro, concretamente en la zona conocida como Bricco Marmoritto,² a la que hoy día se accede por una pequeña calle que lleva el mismo nombre y que aparece a la izquierda, cerca de la Strada Provinciale 26 si nos dirigimos desde Portacomaro a Portacomaro Stazione, a la altura de Cascina Angelo. Giovanni se instaló allí con su mujer María Giachino y sus descendientes construyeron otras casas por la zona. Bricco Marmoritto es una bella colina con unas pocas casas, en algunas de las cuales todavía podemos encontrar a miembros de la familia Ber-

goglio, ya parientes muy lejanos del Papa. Ellos nos hablan de la belleza de aquellas tierras, sobre todo cuando estaban repletas de vides —su extensión se ha visto muy afectada por una enfermedad conocida como «florescencia dorada»—. Lo cierto es que sigue siendo un terreno fértil, rebosante de vida. Al final de una pequeña carretera de pendiente pronunciada llegamos hasta la vivienda que corona el promontorio, una hacienda notable en la que nació el abuelo del Papa Francisco. El actual inquilino se conmueve al recordar las cartas que le escribía el entonces cardenal de Buenos Aires, de las que dice que se podía comprender claramente «que ese hombre llevaba a Alguien dentro».

La riqueza del Piamonte no sólo ha estado ligada a su industria. Sus largos majuelos, su arroz, los cereales y la ganadería proporcionaban cuantiosos recursos. Es cierto, también, que el auge del sector textil llegó a ubicar a la región por encima de muchas otras regiones de Italia. La situación, sin embargo, se tornó difícil a partir de 1919, con el fin de la primera guerra mundial. Italia formaba parte de las naciones vencedoras y podría haber sacado un buen provecho de ello, pero su estructura económica era en aquellos momentos tan débil, y las desigualdades y descompensaciones entre el norte y el sur tan marcadas, que el éxito militar terminó por poner de manifiesto la poca viabilidad del tejido social del país. Al faltar el impulso industrial que producía la guerra, el desempleo se disparó, mientras los salarios se desplomaban y la inflación alcanzaba cotas al límite de lo soportable, lo que hizo regresar un viejo fantasma a aquellas tierras: la emigración. Muchos piamonteses decidieron buscar un futuro mejor en el extranjero, la mayoría por causas económicas, aunque el auge del fascismo poco a poco fue contando entre las motivaciones más relevantes para hacer las maletas.

A pesar de todas las dificultades que puedan llegar a ahogar a una familia, emigrar nunca es una solución sencilla, sino más bien la última de las posibilidades a tener en cuenta. Vittorio Bergoglio, tío abuelo del actual Papa, era, sin embargo, un hombre que no se dejaba vencer por las dudas y que confiaba en su capacidad de salir adelante. Lleno de ánimo, convenció a dos de sus cinco hermanos para que le acompañasen a la lejana Argentina, de donde llegaban noticias de bonanza y oportunidades de negocio.

Efectivamente, el país sureño había experimentado un gran crecimiento económico desde 1917 gracias a las exportaciones que requería la Europa en guerra, sobre todo carne enlatada y ropa para los soldados. En las circunstancias en las que se encontraba el mundo, Argentina aparecía como un mercado estable y pujante en el que invertir y allí acudieron capitales norteamericanos como los de la multinacional Ford. Este crecimiento sostenido fue lo que convenció a tres de los Bergoglio para embarcarse en una enorme aventura mientras que el abuelo del Papa, Giovanni Angelo, tomó la decisión de quedarse, al menos por el momento. Él regentaba un almacén de alimentación que le permitía complementar sus ingresos y no pasar excesivas apreturas. Los dos hermanos restantes nunca llegaron a emigrar y sus descendientes todavía residen en Portacomaro Stazione Tigliole y otras localidades de la zona.

La avanzadilla de los tres hermanos llegó al puerto de Buenos Aires en 1922 y su progreso económico y social fue fulgurante. Enseguida fundaron en Paraná, capital de la provincia de Entre Ríos, una fábrica de pavimentos, negocio innovador en aquella época y que tuvo un gran éxito.

Vittorio se había casado con Elvira Mina, una emigrante católica italiana que llegó a Buenos Aires en el

buque *Matteo Bruzzo* procedente de Génova. Tan bien les iban las cosas que él y su hermano Albino encargaron a la empresa constructora Cavallo levantar en el centro de Paraná un gran palacio que sería conocido como Palacio Bergoglio (actualmente Balbi), uno de los más bellos de la época, que contaba con una cúpula (hoy desaparecida) y cuatro pisos de altura, incluido el bajo. Fue el primer edificio de la ciudad con ascensor, aunque hoy el cachivache de rejas correderas nos parecería algo rudimentario.

Cuando la construcción del Palacio estaba avanzada, los hermanos decidieron darle el toque preciso para que fuese considerado el edificio más importante de la ciudad, convirtiendo el bajo en un restaurante de postín. Tal vez nos resulte difícil imaginar lo que esto significaba en aquella época. Al principio de los felices años veinte los restaurantes de lujo se adornaban con maderas nobles, mármoles, espejos, estatuas, bronce dorados y porcelanas y los que allí se reunían lo hacían también ornados con sus mejores galas. Era habitual acercarse a uno de estos lugares para dejarse ver o alternar mientras se tomaba un café o un «chopp» (así se denomina en Argentina a una jarra de vidrio grueso y con asa en la que se sirve la cerveza de barril) o tapa consistente. Los Bergoglio encargaron la apertura de este local a los empresarios Sanz y Patuel, que regentaban en aquel entonces uno de los negocios más famosos de la ciudad: la confitería Polo Norte, fundada en 1887. Eran los mismos que habían puesto en marcha el cine y café Rodrigo, que quedó reducido a escombros por un incendio el 14 de noviembre de 1927. Sanz y Patuel también bautizaron al nuevo local como Polo Norte y de inmediato fue un referente de la alta sociedad de Entre Ríos, con su ambiente selecto y modernista.

Las noticias sobre la ventura de sus hermanos pronto llegaron a oídos de Giovanni, que, debido también al avance social de Mussolini, terminó por decidirse a cruzar el Atlántico. En aquel momento estaba casado con Rosa Margarita Vasallo; tras su boda, Rosa Bergoglio. Compraron tres pasajes, dos para ellos y uno para su hijo Mario José, el padre del Papa Francisco, a la compañía naviera Navigazione Generale Italiana. Querían viajar en el buque más famoso de cuantos zarpaban de Génova con destino a Buenos Aires, el gigantesco *Principessa Mafalda*, que hacía escala en Barcelona, Río de Janeiro, Santos y Montevideo y aun así llegaba a la costa porteña en apenas 14 días. El barco llevaba el nombre de la recordada princesa italiana Mafalda de Saboya (1902-1944) —hija del rey Víctor Manuel III y de la reina Elena de Montenegro, que moriría en el campo de concentración de Buchenwald—, y era imponente, con 9.210 toneladas y 485 pies de eslora y capaz de alcanzar los 18 nudos en mar abierto. La fecha de embarque era el 11 de octubre de 1927 pero, para poder irse Giovanni y Rosa tenían que realizar numerosas gestiones, entre las que estaba la venta de las propiedades familiares para acumular todo el dinero que fuese posible, lo que nunca es fácil y menos en épocas de crisis. Viendo que la fecha se acercaba y que no cumplían sus propósitos tuvieron que determinar la postergación del viaje, que todavía tardaría en realizarse casi dos años.

Ninguno de los dos imaginaba que aquellos contra-tiempos terminarían por librarles de una de las peores desgracias de la historia de la navegación comercial italiana. El *Principessa Mafalda* era ya un viejo paquebote y tenía problemas de navegabilidad. Las máquinas no respondían bien, el veterano capitán Simon Guli expresaba serias dudas sobre el barco y la compañía comenzó a

pensar que lo más razonable sería jubilar definitivamente el navío. Sin embargo, ya se habían vendido pasajes para la que se pensaba sería la última travesía de este gigante de los mares. A los pasajeros que ya habían adquirido el billete se les pidió que accedieran a ser trasladados al *Giulio Cesare*, otro imponente buque. La mayoría de los clientes aceptaron esta propuesta, pero un acaudalado argentino, Luis Felipe Mayol Crámer, cliente habitual de la naviera que siempre solicitaba viajar en el mismo barco, se negó a ello. Finalmente se ordenó al capitán seguir adelante con los preparativos de la partida.

El día previsto, 11 de octubre de 1927, con cinco horas de retraso por los últimos arreglos y composturas, el barco se hizo a la mar con 1261 personas a bordo, 973 de ellas pasajeros. Se había dado orden de navegar a la velocidad habitual, pero eso era poco menos que imposible. Ya llegaron a Barcelona con retraso y allí tuvieron que detenerse durante 24 horas para arreglar una bomba. El resto del viaje fue semejante. Las vibraciones y sacudidas que se sucedían no eran normales y, en ocasiones, resultaban insufribles, especialmente para quienes utilizaban los camarotes de popa.

Desde Gibraltar, debido a la avería de una de las máquinas, el barco navegaba escorado hacia babor, por lo que hubo que variar el rumbo y, en lugar de descender al sur hacia Dakar, abrirse hacia las más cercanas islas de Cabo Verde para hacer nuevas reparaciones. El viaje resultaba tan espantoso que algunos pasajeros plantearon la posibilidad de amotinarse, a lo que otros se negaron.

El 25 de octubre se encontraban ya fuera de la temida costa de Abrolhos. El día amaneció espléndido, el mar estaba en calma y el retraso resultaba considerable, ya que deberían haber estado a punto de entrar en el puerto de Buenos Aires. Por todos estos motivos el capitán deci-

dió poner al *Principessa Mafalda* a toda máquina. Hacia las siete de la tarde sonó un gran golpe. El árbol de la hélice izquierda se partió y las enormes alas, al desprenderse, chocaron contra el casco abriendo una gran brecha. Cuatro horas después el gigantesco transatlántico se iba a pique y, aunque llevaba suficientes medios de salvamento y varios barcos acudieron a la llamada de socorro, murieron en aquella tragedia 386 personas, entre ellos el capitán y el pobre Luis Felipe Mayol, que aparece en la lista de víctimas con nacionalidad española.³ El desorden que reinó en el barco durante las labores de salvamento, los errores de la tripulación y tal vez, como cuentan los testimonios, una excesiva confianza del capitán en que la nave, a pesar de todo, no se hundiría, contribuyeron al desastre. Entrada la noche, la agencia de noticias Associated Press emitía el siguiente cable, con datos bastante aproximados: «Río de Janeiro, 26. *Principessa Mafalda* naufragó en las costas de Bahía ayer a las 19.15. Han sido salvados 400 pasajeros de un total de 1.600.» El diario español *ABC* daba la noticia el jueves 27 de octubre, con diferentes interpretaciones sobre lo que pudo haber sucedido (por ejemplo, que hubiese sufrido el impacto de una mina) y numerosas imprecisiones que muestran la confusión reinante en aquellos primeros momentos.

Muchos piemonteses y en concreto muchos *astigiani* recibieron la noticia, que corrió como la pólvora por toda Italia y por todo el mundo. Sin embargo, Giovanni Bergoglio continuó con su idea de emigrar y logró llegar a Buenos Aires en 1929. Según el registro de inmigración del puerto de Buenos Aires, él y su familia viajaron en el *Giulio Cesare*, procedente de Génova, declarando al llegar la profesión de comerciante y como lugar de origen la provincia de Alessandria. Contaba cuarenta y cinco años. Por su parte, Mario Bergoglio, padre de nuestro

verdadero protagonista, aparece en los archivos de inmigración con la misma procedencia y con la profesión declarada de «contable». Los dos señalan ser oriundos de Alessandria porque la actual Asti no nacerá como provincia hasta 1935, precisamente al desgajarse la parte occidental de la primera.

Llegaron al puerto una calurosa mañana de enero de 1929, en pleno verano austral. La abuela de Jorge Bergoglio desembarcó del enorme *Giulio Cesare* envuelta en un pesado abrigo con un amplio cuello de piel de zorro. Llamaba la atención aquella vestimenta en medio de la húmeda canícula porteña, pero no era afán de extravagancia. Como ha contado el ahora Papa Francisco, Rosa llevaba escondido en el forro de su abrigo el producto de las ventas de todo lo que la familia había poseído en su país natal.

Nadie podía suponer en aquel momento —mucho menos una familia que en pocos años había logrado fondos suficientes como para construirse un palacio en el centro de una de las ciudades más importantes de Argentina— la hecatombe que iba a tener lugar a partir del jueves 24 de octubre de ese mismo año, cuando la Bolsa de Nueva York inició una caída espectacular que llevaría al índice Dow Jones a perder un 90 por ciento de su valor en el plazo de tres años.

La crisis del 29 tendría efectos terribles en Estados Unidos y en todos los países industrializados, pero en los países productores de materias primas, como era el caso de Argentina, fue una verdadera tragedia. Los distintos gobiernos argentinos habían seguido un modelo de desarrollo típico de los países no industrializados durante el siglo xx, es decir, centrado en la búsqueda de inversores extranjeros. El país se especializó en la extracción de materias primas que eran transformadas por otros países en

productos terminados, perdiéndose la correspondiente plusvalía. El sistema funcionaba siempre y cuando el ritmo de crecimiento de los felices años veinte se prolongara en el tiempo: los precios eran altos y la demanda constante, e incluso creciente; pero cuando estalló la burbuja económica la situación cambió repentinamente. A partir de 1930 la demanda internacional cayó en picado, mientras los distintos países importadores reforzaban su mercado interno para impedir la entrada de productos provenientes del exterior. En un entorno así los precios de las materias primas descendieron rápidamente, mientras que los de los productos terminados, los que llegan al consumidor final, se elevaron con la misma velocidad, generando inflación y empobrecimiento en una progresión geométrica. Por si esto fuera poco, el tejido industrial interno tampoco fue capaz de asimilar la sobreproducción de estas materias primas, que acabaron por no valer nada. La crisis se trasladó inmediatamente a la población, máxime cuando el gobierno se vio en la obligación de devaluar la moneda para impulsar las exportaciones, provocando que los precios de la mayor parte de los productos se multiplicaran instantáneamente.

Sólo en las áreas rurales, el desempleo creció en un 45 por ciento. Masas de campesinos empobrecidos viajaban a Buenos Aires para instalarse en lo que los porteños llaman «villas emergencia», zonas de chabolas que carecen de servicios mínimos y son focos de marginación y pobreza extrema. Mientras, los asalariados vieron disminuir su capacidad adquisitiva un 25 por ciento en apenas cinco años.

En este contexto, las inversiones de los Bergoglio pronto se vinieron abajo. El bellissimo Palacio logró contener el restaurante, un cine con techo corredizo que se convertía en salón de baile durante el verano, una confi-

tería (un tipo de local que se asemeja a lo que en Europa denominaríamos «cafetería», pero en el que se venden pasteles, caramelos, helados) y una terraza española. Todo cuidado para dar la sensación de máximo lujo. El cine, por ejemplo, producía un efecto mágico en el espectador, todo él decorado en azul, desde el cuero de las butacas al terciopelo de las cortinas. Del restaurante decía la *Revista Social* de Paraná: «Está adornado con bellísimas estatuas de mármol y combinaciones de espejos, que unidos a la distribución de abundantes bujías de luz, forman un conjunto caprichoso que alegra la vista de los concurrentes.»

Todo aquel lujo, todo el dinero que se empleó en la construcción y decoración de aquel edificio, no fue suficiente para superar la tremenda crisis que azotaba Argentina. Así, cuando los abuelos del Papa Francisco llegaron al país, después de tantos años de dudas e indecisiones, resultó ser el peor momento. Sólo tres años después, toda la familia se encontraba en la ruina.

El Palacio terminó por servir para el pago de las numerosas deudas contraídas y empezó para él una época de decadencia que culminaría en los años sesenta, cuando se decidió retirar la cúpula ante su mal estado, ya que al ser azotada por el viento lanzaba trozos de pizarra a la calle. Actualmente aquel Palacio es un edificio bonito pero no extraordinario de Paraná, y sus vecinos ya no lo consideran un atractivo importante. Los salones, el cine, la confitería..., todo se dismanteló. La familia que tomó a su cargo el restaurante vendió su contenido, y hoy podemos admirar una de las estatuas de mármol que se hicieron tan famosas en la época adornando una de las vidrieras del Museo de la Ciudad de Paraná.

Como sucede en tantas ocasiones, las dificultades económicas fomentaron el desacuerdo entre los herma-

nos, que vendieron la fábrica de pavimentos y decidieron recomenzar sus vidas por separado. En esta ruptura tuvo mucho que ver el cáncer que terminó por llevarse la vida de Vittorio, el mayor de ellos. Al final sólo quedaron dos en Argentina, entre ellos Giovanni Bergoglio, que acababa de llegar y se propuso permanecer.

Giovanni no había conseguido ser rico, como sí lo habían sido sus hermanos al menos durante unos años, pero tenía la capacidad y el tesón necesarios para sacar a su familia adelante en situaciones difíciles. Es lo que había hecho toda su vida. Sin arredrarse, solicitó un préstamo de dos mil pesos de la época y con ese dinero compró un almacén de alimentación en Buenos Aires, lo que en España se ha denominado durante muchos años «tienda de ultramarinos» o «colmado». Su hijo Mario, padre del que sería cardenal primado de Argentina y hoy Papa Francisco, había trabajado como contable en la fábrica de pavimentos de la familia, pero con la ruina tuvo que buscar otra manera de ganarse la vida y lo consiguió, también como contable, en los ferrocarriles. En sus ratos libres ayudaba a su padre con el reparto de los pedidos.

Mario conoció a la que sería su mujer, Regina Sívori, en el oratorio salesiano San Francisco de Sales del barrio porteño de Almagro, al que ambos pertenecían, situado en la calle Hipólito Yrigoyen. Era la menor de una familia de cinco hermanos formada por un argentino descendiente de genoveses, Francisco Sívori Sturla, y María Gogna, que según consta en el registro de inmigración del puerto de Buenos Aires era originaria de la provincia de Alessandria y había llegado a Buenos Aires procedente de Génova en uno de los trayectos del *Principessa Mafalda*.

Los padres del actual Papa se conocieron en 1934 y unos meses más tarde, el 12 de diciembre de 1935, con-

traían matrimonio. Un año y cinco días después, el 17 de diciembre de 1936, nacía su primogénito, bautizado en la bellísima basílica de San Carlos Borromeo y María Auxiliadora de Almagro como Jorge Mario Bergoglio. Es el mayor de cinco hermanos, de los que tres —Alberto Horacio, Óscar Adrián y Marta Regina— ya han fallecido. Su hermana menor, María Elena, todavía vive.

2. Los primeros años

En casa de los Bergoglio, nos cuenta María Elena, diez años menor que su hermano, «siempre había música».

La infancia de Jorge Bergoglio transcurrió en un ambiente muy familiar, no sólo por la relación con sus padres —que constituyeron un sólido y feliz matrimonio— y con sus hermanos, sino también por la presencia de los abuelos, tíos, primos y amigos. Era una gran familia, acogedora y, si no pobre, ni mucho menos boyante.

El Papa, en diferentes entrevistas siendo arzobispo de Buenos Aires —muchas veces a radios de barrio, pequeñas, con estudios humildes y presentadores algo torpes, a las que iba para estar cerca de la gente de todos los rincones de su diócesis—, siempre recuerda determinados detalles de su infancia que son para él significativos. Guarda en su memoria, especialmente, ciertos momentos compartidos con sus padres y con sus abuelos, sobre todo paternos, con los que pasó mucho tiempo debido a las dificultades que su madre atravesó durante los embarazos. Tras uno de los alumbramientos, como señalaremos más tarde, quedó temporalmente parálitica cuando Jorge era tan sólo un niño.

A su padre le gustaba jugar a la brisca con los críos, ya que es un juego sencillo, muy popular en Italia. Tam-

bién se llevaba a su primogénito, en cuanto tuvo algunos años más, a jugar al baloncesto en las instalaciones del club San Lorenzo, que entonces jugaba en el Viejo Gasómetro, en Almagro, que es el equipo que el Papa lleva en el corazón y del que es socio desde hace ya muchos años. El padre era un hombre devoto, que acompañaba a sus hijos en su caminar en la Iglesia con gestos sencillos, como invitarles a rezar juntos un rosario antes de la cena siempre que le era posible.

De su madre recuerda el Papa sobre todo la afición a la ópera. Los sábados reunía a sus hijos mayores alrededor de la radio, que ocupaba entonces, en ausencia del televisor, un lugar privilegiado en el salón de las casas. Juntos escuchaban las arias y los *ritornellos* mientras Regina les iba explicando la historia y les animaba a que prestaran atención a lo que iba sucediendo en el baile de las ondas.

Vivían en el céntrico barrio porteño de Flores, que entonces era un pequeño remanso dentro del trajín de la enorme y alocada ciudad de Buenos Aires y que hoy es una zona con un significativo índice de necesidades básicas insatisfechas y con uno de los índices de mortalidad infantil más altos de Buenos Aires, sólo superado por los departamentos del sur en los que se acumulan las villas miseria.

Su casa, en la que Jorge vivió hasta los catorce años, estaba en la calle Membrillar, 531, en una zona tranquila y arbolada, de casas bajas. Era una casa pequeña, aunque hoy tiene dos plantas y un gran balcón corrido. A petición de los vecinos, el gobierno de la capital argentina ha colocado una placa junto a la puerta para señalar que allí vivió nuestro protagonista. Los vecinos han pedido también el cambio del nombre de la calle por el de «Papa Francisco». En los años treinta y cuarenta era una

residencia más sencilla y pequeña, en planta baja, con un patio interior en el que crecían un limonero y un árbol del pomelo.

De aquella vivienda de ladrillos marrones le recogía su abuela Rosa todas las mañanas, siempre protegiendo la salud de Regina durante los embarazos. En la casa de los abuelos se hablaba piamontés, se cantaban canciones algo pícaras y se compartía la vida con los vecinos. Todavía entonces los hogares no se cerraban a cal y canto y, cuando el calor apretaba, las familias sacaban a la calle mesas y sillas y se arremolinaban conversando mientras los niños correteaban alrededor. Bergoglio recuerda el profundo efecto que le producía escuchar a su abuelo contar historias de la guerra del 14, sobre las trincheras, la camaradería y la miseria. La abuela, que era una mujer aguda y buena contadora de relatos, le encandilaba con las vidas de los santos y le enseñaba las primeras oraciones.

Los vecinos del barrio recuerdan todavía sus juegos con aquel chiquillo hoy prelado de Roma, e insisten unos y otros en que destacaba entre los demás por no ser nada callejero. Mientras que los otros chavales salían cada tarde a jugar al fútbol en la plaza Herminia Brumana, él sólo acudía en algunas ocasiones, dedicando más tiempo al estudio. Sin embargo, aunque algo tímido, era activo y alegre.

Jorge estudió, entre 1943 y 1948, en la Escuela n.º 8 del Distrito Educativo 11, Coronel Ingeniero Pedro Antonio Cerviño, en la calle Varela, 358, del barrio de Flores, apenas a diez minutos de su casa andando a través de la avenida Directorio. Fueron sólo sus primeros cursos escolares, en los que ya destacaba por inquieto y por buen estudiante, más por lo primero que por lo segundo. Sorprende que surja tan temprano una de las amistades

más importantes que le acompañará durante toda su vida, la de quien fuera su maestra de primer grado, Estela Quiroga. Cuando los medios de comunicación dieron la noticia de su designación por Juan Pablo II como cardenal de la Iglesia católica, a principios de 2001, ella fue la primera en telefonarle, con noventa y un años ya cumplidos. Hasta la muerte de esta mujer, el 16 de abril de 2006, ambos se escribieron y llamaron con frecuencia. En esa correspondencia tal vez se muestre la mejor biografía que pueda escribirse de nuestro Papa.

Los bailes eran un fenómeno social muy popular en Buenos Aires, ahora y también en aquellos años. Se organizaban en las fiestas de los barrios, en locales cerrados o al aire libre y, sobre todo durante el verano, niños y mayores compartían las veladas de música, charla y danza. Bergoglio comenzó a acudir a estos eventos en pandilla. El baile por excelencia, por supuesto, era el tango, y Jorge buscaba para bailarlo a una jovencita de nombre Amalia Damonte, a la que escribió una tierna e ingenua carta de amor todavía siendo casi un niño en la que había dibujado una casita blanca con un techo a dos aguas de tejas rojas que el joven Bergoglio afirmaba que le compraría a la muchacha cuando se casaran. También le decía que si no se casaba con ella se haría cura. En todo caso aquella carta llegó a las manos del padre de Amalia, que montó en furia, castigó a la jovencita y le prohibió volver a ver a Jorge, con lo que el primer destello de aquel joven amor fue sofocado prematuramente.

A los trece años pasó al Colegio de la Misericordia, también en Flores, perteneciente a la Congregación de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia, fundada en la Liguria italiana por santa Maria Giuseppa Rosello en 1837. Este colegio también mantenía un ambiente muy familiar y cercano, y era fácil conocer a las monjas

y que éstas tuviesen trato frecuente con las familias. Jorge tenía una relación muy cercana con la hermana Dolores, que fue quien le preparó para la primera comunión. La hermana María Martha Rabino, que curiosamente fue catequista de Cristina Fernández de Kirchner cuando ésta estudiaba en La Plata, lo recuerda también como un niño travieso y con mucho carácter, pero sobre todo se conmueve al contar cómo el día de la muerte de la hermana Dolores vino a la capilla, donde estaba el cuerpo presente, y pasó la noche rezando a su lado.

Una de las cosas que más llama la atención de la vida del Papa es su forma de entender la amistad: no es tan frecuente que las relaciones de la niñez se mantengan y profundicen durante toda la vida. En el caso de sus profesoras del Colegio de la Misericordia, Bergoglio nunca dejó de visitarlas cada año: el domingo siguiente a su elección papal tenía previsto un encuentro con ellas, que evidentemente se vio truncado por las circunstancias.

Fue en la capilla de este colegio donde el Papa tomó su primera comunión y donde la familia iba todos los domingos a misa porque, según cuenta el propio Bergoglio, la parroquia más cercana les quedaba un poco lejos.

No fueron tiempos fáciles. Perón comenzaba a cimentar su larga hegemonía política y, después de unos primeros años de crecimiento al albor de la posguerra, de nuevo las exportaciones volvieron a resentirse (entre otras causas por las políticas del Plan Marshall) y la crisis, casi una enfermedad crónica, se cernió sobre los hogares argentinos. En la casa de los Bergoglio no había problemas económicos graves, pero sí cierta austeridad. No podían permitirse lujos que hoy en Occidente nos pueden parecer indispensables, como un automóvil o disfrutar de unas vacaciones. Mario, el padre, como todos los porteños de la incipiente clase media de enton-

ces, sólo podía mantener a su familia a base de trabajar todo lo que podía. A esto hay que añadir ciertas complicaciones particulares, como cuando la madre quedó paralítica temporalmente tras el parto de María Elena. Fue en aquel momento cuando el bueno de Jorge, con sólo once años pero como el mayor de los hermanos, tuvo que aprender a cocinar siguiendo las instrucciones de la madre, que no podía valerse por sí misma.

Tal vez por las complicaciones económicas, tal vez porque Mario pensó que había que educar a su hijo para que fuese capaz, en su momento, de afrontar con decisión las responsabilidades que trae la vida, el caso es que le pidió a Jorge que compatibilizase sus estudios con un trabajo. Cuando se lo propuso aún no había cumplido los catorce. El chaval, movido a la par por el deseo de vivir y por la obediencia, comenzó como limpiador allí donde su padre pudo colocarle, que fue en una fábrica de medias con cuyos dueños tenía alguna amistad. Conforme fue estudiando y fue capaz de asumir otras tareas, comenzó a ocuparse de labores administrativas, hasta que dejó aquel lugar con dieciséis años.

Cuando miramos al joven Bergoglio enfrascado en sus estudios de secundaria podemos apreciar la seriedad y pasión con las que afrontaba la vida. Seguro de su afecto por la ciencia pidió el ingreso en la Escuela Secundaria Industrial E.N.E.T. 12 (actualmente Escuela Técnica n.º 27 Hipólito Yrigoyen), situada en la calle Virgilio n.º 1980 esquina con la calle Baigorria y muy cercana a la enorme plaza (más de 21.000 metros cuadrados) de Juan Bautista Terán, que es uno de los pulmones verdes del barrio de Villa Real.⁴ En los años cincuenta el centro funcionaba en una casa particular en la calle Goya, 351, apenas a quinientos metros de la vivienda a la que se habían mudado los Bergoglio, en la avenida Rivadavia,

8888, y estaba especializado en química de la alimentación.

Jorge eligió las clases vespertinas porque así podía comenzar a trabajar en un laboratorio de análisis de alimentos con un horario de 7 a 13 horas, con lo que completaba su formación mientras iniciaba una andadura que ya tenía cierta proyección de futuro. Enseguida se volcó en el trabajo científico junto a quien era su superiora, Esther Ballestrino de Careaga, de la que siempre admiraría la seriedad y el método cuidado y preciso con el que realizaba los análisis. Bergoglio era sólo un joven y Esther lo acogió como una verdadera madre.

Ella era, desde luego, una mujer especial, llena de fuerza y carácter, que pasó por una de las experiencias más difíciles que puedan imaginarse. Había nacido en Uruguay, aunque se crió en el vecino Paraguay, adonde se había mudado con su familia. Allí se licenció primero en Magisterio y después se doctoró en Bioquímica y Farmacia. Ya en la Universidad Nacional de Asunción fue muy activa dentro del «febrerismo», un movimiento socialdemócrata que tomaba sus ideas de la revolución popular que había tenido lugar en aquel país el 17 de febrero de 1936. El movimiento tenía una fuerte base de izquierdas y se declaraba indigenista, ecologista y antiimperialista, siempre bajo el lema «por la liberación del pueblo paraguayo». Esther, a partir de esta base ideológica, participó en la fundación de la Unión Democrática de Mujeres, de la que fue la primera secretaria general.

La Unión se disolvió en 1947 al finalizar la segunda guerra civil paraguaya que enfrentaba a los febreristas, entre otros, con el Partido Colorado del presidente Higinio Morínigo. Entonces Esther tuvo que huir a Argentina, donde contrajo matrimonio con Raymundo Careaga, otro dirigente febrerista que también se vio obligado

a exiliarse. Primero se instalaron en Colonia Barón, una pequeña localidad de unos tres mil habitantes en la provincia de La Pampa. Allí Esther atendía una farmacia. Ya en Buenos Aires, la casa de los Careaga estaba en Parque Chas, por aquel entonces una zona de expansión del norte de la ciudad que todavía no estaba consolidada. Convirtieron su hogar en uno de los focos más importantes de la disidencia exiliada de Paraguay. El matrimonio vivía con sus hijas y con la madre de Raymundo que, por el trabajo de Esther, era quien cocinaba y cuidaba de la casa. Ana María, la menor de sus hijas, hacía memoria en el periódico argentino *Lumbre*: «Yo digo siempre que mi casa en el barrio de Parque Chas era una casa de puertas abiertas que albergaba solidariamente a los perseguidos por sus ideas políticas, a los liberados que llegaban desde Paraguay después de muchos años de cárcel. En aquella casa se debatían ideas, se defendían las libertades, los derechos humanos, la dignidad de las personas.» Fue precisamente en ese momento, a partir de 1953, cuando Jorge Bergoglio trabajó bajo los órdenes y en contacto con Esther Ballestrino, con quien mantendría frecuentes conversaciones sobre política ya que, siendo una mujer de fuertes convicciones, también estaba abierta al diálogo y la discusión.

La implicación política de este matrimonio exiliado también en Argentina fue cada vez mayor. Junto a sus tres hijas, Esther, Mabel y Ana María, estudiaban el marxismo y comenzaron a militar en el Partido Revolucionario de los Trabajadores. El PRT era un partido socialmente muy comprometido y de clara orientación comunista, que pronto creó un brazo armado terrorista, el Ejército Revolucionario del Pueblo, que perpetró asaltos, secuestros y asesinatos en diversos lugares de Argentina.